V. Aleixandre

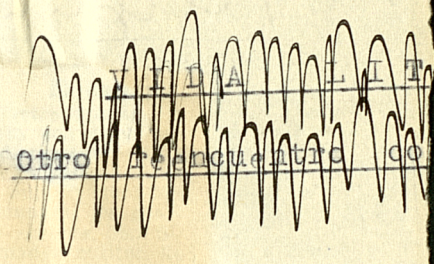
provisionales o de conveniencia.

Sobre el techo de vidrio se ha encendido—última llamada—su cuadrilátero de fingidas estrellas, y con puntual retraso la solemne ceremonia comienza. Desfilan los inmortales en fila india: Gerardo Diego, el duque de Alba, García Gómez, Luca de Tena, D'Ors, Fernández-Flórez, Gallano, García Sanchiz — tan llamativo con su terno gris en medio de la hilera de chaquets y fracs—, Cossío, Kléiser, Cantón y un inmortal correspondiente: Walter Starkie. Con don Ramón presiden monseñor Eijo Garay, Julio Casares, García de Diego y Amezúa. Dámaso Alonso se ha sentado entre tanto sigilosamente detrás de su mesita, frontera a la del recipiendario, y allí frota y refrota, a fuerza de pañuelo y probidad, sus gafas. (En la alineación rigurosa de los rayados pantalones de corte los albos botines del de Alba resplandecen.) En los extremos laterales del estrado se aposentan las restantes eminencias: académicos de las otras Academias, más de uno digno de ésta. Aledo, Cabanillas, Zaragüeta, don Severino Aznar y el rostro serio, moreno, moruno, de Fernández Almagro al lado, y contrastando con la faz aniñada y jovial, de perpetuo benjamín de ciencia y letras, de Pedro Laín Entralgo.

Entró Aleixandre, precedido y seguido como mandan los cánones, de sendos académicos de la última hornada: Cossío y Cantón en este caso. Saludó a la presidencia, miró al soslayo, para agradecerle sus primeras ovaciones al auditorio, tomó en las manos su discurso y comenzó a leerlo.

Lo que [illegible] impreso. A

Recepción en la R. A. E.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA Archivo

MFA 1121/11